



Hacia una Educación Centrada en la Dinamización Cultural

Rony Goldschmied
Carlos Piña R.
Chile

INTRODUCCION

América Latina está enferma. Su cuerpo ha sufrido mucho y ha sido afectada por la enfermedad en sus distintas partes. Algunos de sus síntomas se encuentran profundamente arraigados y encarnados en su piel: crisis de identidad, personalidad deteriorada y dividida, fuerte disociación con la realidad que algunos han denominado esquizofrenia social, amnesia parcial y en ocasiones total, idolatría a lo ajeno y sumisa con el extranjero, carece de autoestima, fuerza y unidad interna para combatir estos y muchos otros síntomas que la aquejan.

Los tratamientos recomendados para este mal, que ya ha adquirido características de síndrome americano, han sido de muy variada índole. Algunos especialistas han llamado a la enfermedad sub-desarrollo y se han inclinado por recomendar el crecimiento económico como un buen remedio para muchos de sus males. Sin

* Ponencia presentada al Seminario "Potencialidades Educativas del Patrimonio Cultural", organizado por la OREALC, de la UNESCO en Bogotá.

embargo, la paciente no ha presentado recuperación con la inyección económica y sus síntomas han permanecido igual o se han acentuado. Ante esta situación otros especialistas han tomado el caso y planteado otro diagnóstico y otros remedios.

El nombre de la enfermedad sería "Dominación y dependencia", y debido al largo tiempo que la paciente ha estado expuesta a la enfermedad, su tratamiento es prolongado, metódico, exige mucha colaboración y perseverancia por parte de ella. Es preciso que aprenda por sí misma a superar su estado hipnótico, para despertar y nacer nuevamente, teniendo en cuenta que las recaídas son posibles, peligrosas y muy dolorosas.

El tratamiento recomendado en este caso, para los síntomas descritos anteriormente y que

pueden aliviar profundamente a la paciente son: transformación de sus estructuras sociales y económicas, liberación de los sectores dominados y la construcción de su identidad cultural.

Nos centraremos en el problema de la identidad cultural, pero no de una manera estática, inmutable e invariable en el tiempo, sino como un proceso de construcción, de dinamización, que se gesta a partir de un pasado para superarlo en el presente y transformarlo.

Para abordar más claramente el problema de la identidad cultural se nos hace necesario explicitar brevemente algunas consideraciones en relación al concepto de cultura.

Generalmente se acepta la proposición que, con diversos matices, se ha extendido a partir de la antropología originaria; esto es, considerar la cultura como el conjunto de la producción material, tecnológica, organizacional y simbólica de una sociedad dada. Por lo común en esta definición se incluyen los aspectos normativos, valóricos, costumbristas, jurídicos y religiosos (1).

En otras palabras, se habla de cultura para hacer referencia al quehacer estrictamente humano, aquel que no aparece como inmediatamente derivado de las estructuras genéticas y naturales, sino en tanto invención, que surge a partir de condiciones naturales dadas, pero que las trasciende y modifica. El hombre es, entonces, básicamente un ser productor de cultura, a través de la cual transforma su medio y se transforma a sí mismo.

Esta definición, en extremo amplia, de la noción de cultura, independientemente de su validez, no aparece lo suficientemente adecuada para análisis más concretos, especialmente los referidos a las sociedades complejas.

Por ello, provisoriamente, daremos al concepto de cultura una definición más restringida. Según es entenderemos que la cultura abarca los sistemas de significación, estructuras simbólicas, lenguaje, costumbres cotidianas y relaciones sociales, en tanto representan formas y códigos colectivos mediante los cuales se construyen y entiende lo real, se le otorga sentido y organización al mundo (2).

Es decir, tal como lo insinúa Weber, el hombre vive suspendido en una red de significaciones que él mismo ha creado; tal red es lo que denominaremos cultura.

Aspecto importante es esta definición es el reconocimiento de que es imposible concebir la cultura si no es en estrecha relación con las otras dimensiones de la vida social: la cultura no es un fenómeno "autosuficiente", no se explica por sí misma sino en su contexto de producción histórica y socialmente determinada. Pero tampoco es un reflejo automático de la vida social, posee un grado de autonomía tal que es, a la vez, producto de una práctica y orientadora, normativizadora e interpretadora de ella. Esto nos lleva a pensar la cultura en vinculación con los grupos y clases sociales que componen una sociedad, siendo una relación simultánea de expresión y conformación de la posición social de estos grupos y clases.

Como la sociedad es una realidad conflictiva y dividida, el campo cultural no es unitario sino atravesado de antagonismos. Es posible distin-



(1) Ver al respecto: Kahn, J. S., *El concepto de cultura: Textos fundamentales*, Barcelona Anagrama, 1975, y Mascovic, S. *Sociedad contra natura*, Madrid, S. XXI, 1975.

(2) Giménez, G., *Para una concepción semiótica de la cultura*, México, UAM Xochimilco, 1982; Bourdieu, P., *La distinción. Critique sociale du jugement*, Paris, Ed. Minuit, 1979.

guir así una multiplicidad de culturas correspondientes a la diversidad de grupos y clases.

Desde el punto de vista de las relaciones fundamentales entre estos actores es posible centrar el problema, con fines analíticos y sintéticos, en la existencia de una cultura oficial unificada y coherente y de una cultura popular dispersa y empobrecida. (3).

Una educación centrada en la dinamización cultural se debe elaborar a partir de la cultura y de los valores del pueblo. Debe ser capaz de expresar e interpretar la voluntad de vivir del pueblo, debe ser intérprete de las grandes opciones del grupo. Debe tomar como base el universo mental, sentimental y simbólico de una colectividad, debe contribuir a la construcción del ser propio, del ser autónomo, de la identidad cultural. Es una educación que opta por el camino de la liberación.

EDUCACION TRANSFORMADORA Y DINAMIZACION CULTURAL

Una educación centrada en la dinamización cultural, en lo fundamental no busca la reproducción del orden social sino su transformación. Esto implica hablar de un sistema educativo que forma parte de y representa a un proyecto social, reconociendo su participación activa en él. (4)

Tal proyecto, definido en términos necesariamente genéricos, no es otro que el de la liberación de los sectores subordinados, su constitución en sujetos históricos dueños de su destino y protagonistas al interior de un orden auténticamente democrático.

Un sistema educativo planteado en esta línea reconoce la legitimidad de la diversidad cultural, busca la igualdad social pero no la uniformidad cultural. En su punto de partida y en su quehacer concreto considera como eje central de su definición la participación de los pueblos en tanto sujetos lingüísticos; es decir, creadores de cultura, portadores de conocimientos, formas de vida particulares, creencias y modos de relacionarse que los identifican.

Cabe mencionar aquí, de un modo bastante enfático, que no se puede concebir una educación transformadora como un sistema a ser aplicado con posterioridad a que se produzcan grandes modificaciones en las estructuras económicas y políticas. Por el contrario, se trata de una práctica educativa que es fuerza activadora en este proceso de cambios. Los contenidos del futuro deseado pasan de un modo muy decisivo por los procedimientos mediante los que se alcanza; es decir, el carácter de una nueva sociedad en alguna medida está impreso en la estrategia que se utiliza para llegar a ella.

De allí que cualquier postura que no considere la realidad actual de los sistemas educati-



(3) Ver, entre otros, J. y Martinić, S. Educación Popular en Chile. Algunas proposiciones básicas, Santiago, PIIE, 1.980. García Canciani, Néstor: Las culturas populares en el capitalismo, México, Ed. Nueva Imagen, 1.982; CIRESE, A.M., Ensayos sobre las culturas subalternas, México, Cuadernos de la Casa Chata N. 24, 1.980.

(4) Uno de los antecedentes más importantes sobre la relación entre educación-compromiso y proyecto social, lo encontramos en las experiencias de Educación Popular.

Véase:

Huidobro, J., Martinić, S.; op. cit., Educación Popular y Cultura Popular, Santiago, E.C.O., 1.983, CELADEC, Fundamentos teóricos y peculiaridades de la Educación Popular en América Latina, Lima, 1.980.

Rodríguez, C., "Da Educação fundamental em Fundamental do Educacao, Cadernos do Cedes N. 1, 1.980, p. 5-34. Verro, L., Cultura y Liberación, Santiago, EDUPO, 1.981.

vos como objeto de transformación, que postule una desescolarización absoluta de la sociedad, que proponga comenzar de cero, no es sólo una posición irreal e impracticable, sino también inmovilizadora y en nada ayuda a construir una educación futura.

Obviamente, los cambios parciales que se pueden obtener al interior de los sistemas educativos actuales no transformarán por sí solos al conjunto de la sociedad. Se trata sólo de un aspecto, de una faceta en un proceso mucho más amplio, permanente y que cruza la totalidad social.

Para un grupo, clase o sociedad, el construir una identidad cultural es tanto como destruir, aunque sólo sea fugazmente, las alienaciones que la aprisionan y niegan. Una identidad cultural no es permanente, no es siempre históricamente igual a sí misma. El descubrirse y cuestionarse es también construirse. La acción liberadora de una cultura sobre sí misma y sobre su medio, comienza cuando esa cultura se descubre.

Un proyecto social no es sino el constante descubrimiento de la identidad colectiva.

Descubrir la identidad cultural no es volver al pasado. No es ni puede ser una búsqueda en las tradiciones parciales de la autenticidad perdida. La identidad cultural no es una joya extraviada que haya que encontrar; no es un tesoro intacto en un cofre que se deba abrir.

La identidad cultural no se descubre ni se recuerda sino que se construye. A partir del pasado, pero para superarlo; en el presente, pero para transformarlo. Una educación centrada en la dinamización cultural es aquella que permite y estimula la construcción de identidad.

No es nuestra intención olvidarnos y borrar de una plumada lo que es tradición popular; lo que se postula es su contextualización. En

otro, un comportamiento dado desarrolla su función en un contexto y puede desempeñar una función diferente en otro contexto. Es así como viejos cantos de la cosecha y de la vendimia, por ejemplo, pueden adquirir diferentes significados a través del tiempo, en relación con las nuevas aspiraciones modernizantes. (5).

Al hablar de dinamización cultural se está planteando un sistema educativo que luche en contra de la desintegración cultural, de la alienación; para lo cual se plantea como imperativo la construcción de identidad, como desafío y como tarea. Ello implica aceptar que no se trata de una identidad a rescatar o recuperar; la necesidad de su construcción significa reconocer que ella hoy no existe de un modo completo y coherente porque le son negadas las condiciones para que ello ocurra.

De lo anterior se deriva que el punto de partida de una educación transformadora no puede ser otro que la situación real en la cual se desenvuelven los sectores damnados: su extensa trayectoria de opresión ha desembocado, como ya se ha dicho, en una configuración cultural que se caracteriza por su silenciamiento, empobrecimiento, dispersión y falta de autonomía vital.

A pesar de ello, la construcción de identidad cultural, en la cual la educación juega un papel central, debe partir por considerar en sus reales dimensiones y contenidos tal configuración, y no puede desgastarse en una crítica ética y política externa y ajena a la cotidianidad donde se ha gestado.



Partir por lo existente, desde el punto de referencia cultural de sus actores, posibilita un primer e indispensable paso; romper con el silencio y recuperar la palabra arrebatada. A partir de allí un pueblo puede reconocerse a sí mismo en toda su complejidad y heterogeneidad. Pero esa palabra inicial no basta; ello no será completamente suya sino que estará plagada del discurso dominante que habita en su cultura.

En este primer paso, al valorar la legitimidad de la propia palabra, se desencadena un proceso educativo entre personas; se trata de una humanización de la relación educativa, en la cual los protagonistas se enfrentan en igualdad de condiciones.

En un segundo paso, las palabras del sujeto se contrastan con las realidades que se comparten colectivamente; se cuestionan sus contenidos y procesos de gestación (origen histórico y social), tanto en lo referente a los elementos de la cultura dominante como en los de la cultura dominada. Este segundo momento, entonces, es el de la crítica y de la autocrítica; es el instante en el cual se reconoce la identidad cultural hasta ese momento implícita e invisible.

Pero se reconoce para ser destruída en cuanto tiene de alienante; para enfrentarla con las vivencias, para criticarla y autocriticarse.

El tercer paso sugiere que los individuos, al apropiarse críticamente de su situación, están en condiciones de dinamizar aquellos aspectos de cultura y cotidianidad que les permitan una construcción consciente de una identidad cultural tendiente a poner en marcha un proyecto de liberación.

Estos tres pasos no son en ningún caso una propuesta de algún método pedagógico, sino una descripción muy abstracta de los principales

componentes que están incorporados en una educación tendiente a la transformación social mediante la dinamización cultural. (6).

En resumen, la dinamización que propugnamos la entendemos como la creación y desarrollo de condiciones que permitan a los individuos comprender y explicitar la naturaleza de su situación de dominación, se identifiquen como un sector social oprimido portador de una cultura y construyan una identidad encaminada a enfrentar reflexiva y creativamente un proceso de cambio social. Esto significa desde ya colaborar en la implementación de nuevas formas de pensar, vivir y sentir la cotidianidad.

Más en concreto, intentaremos precisar algunos criterios que se desprenden de una posición tal y que tienden a perfilar más nítidamente la especificidad de la práctica educativa en este contexto.

1) En primer lugar, una educación coherente con los grandes pasos mencionados no pretende solamente aumentar cuantitativamente el nivel de conocimientos e información, sino alterarla cualitativamente, en el sentido que permita a los sectores populares ser capaces de actuar autónomamente sobre su realidad. Ello implica el que los sujetos dejen de ser receptores pasivos en la concepción del mundo dominante y comiencen a elaborar críticamente su propia identidad cultural.



(6) Freire, P., *Extensión o Comunicación?* Santiago, ICIRA, 1.969.

2) Una educación con tales exigencias es un proceso que no puede separar la vida ni la experiencia cotidiana del aprendizaje. Por el contrario, ellas son fuente de conocimiento y reflexión; se aprende de la práctica y en la práctica, el mundo real y vivencial está presente en los contenidos que se tratan para volver sobre él con una carga interpretativa y una intencionalidad transformadora.

La estrecha relación vida cotidiana-proceso educativo, tiende a estimular el conocimiento y la valoración de lo propio. Le asigna un importante rango a la conciencia en los proyectos valores, negando la posibilidad de caer en una instrumentalización externa. Existe un importante caudal de conocimientos tradicionales en todos los planes del quehacer humano que es preciso rescatar, socializar, valorar y utilizar.

Desde el punto de vista metodológico, ello está asociado a la vinculación estrecha que debe existir entre las actividades educativas y el conjunto de la comunidad: la escuela no puede ser más un ente cerrado y autosuficiente. Ella debe surgir de la comunidad para desembocar finalmente en ella.

3) El folklore en la perspectiva de la dinamización cultural debe asumir una función liberadora y crítica de la realidad. Su centro debe ser la cultura de las clases subalternas, o sea, el conjunto de producciones culturales en sentido antropológico, que las clases dominadas, hoy como ayer, han elaborado ya sea para adaptarse a los fines de la supervivencia, al dominio de clase o para reaccionar contra él. El folklore no puede agotarse en el estudio de las manifestaciones sólo de los sectores más tradicionales (realidad extraurbana y preindustrial) sino que debe abarcar al conjunto de la clase subalterna (proletariado, campesino agrícola industrial, marginales urbanos etc.).

La resistencia cultural de las clases subalternas a la absorción por parte de la cultura hegemónica, tiene el valor, a nuestro juicio, de alegar otros testimonios contrapuestos respecto de la autoproclamada universalidad de la cultura dominante.

En suma, el folklore no puede ser entendido teniendo en cuenta exclusivamente la clase contestataria, ya que en su seno también tiene una función adaptativa respecto a la sociedad en la que viven los individuos de la clase subalterna. De esta manera el folklore se presenta globalmente como un conjunto de respuestas, producidas o de todos modos aceptadas por la clase subalterna a una realidad social caracterizada por el dominio de clase. Tales respuestas pueden ser de abierta oposición, de oposición velada o de aceptación.

Para una recuperación crítica del folklore se le debe rescatar como una concepción del mundo y de la vida, en gran medida implícita, de determinados estratos de la sociedad en contraposición con las concepciones oficiales del mundo.

4) Otro aspecto importante es que este tipo de vinculaciones (educación-realidad), deben estar orientadas a la solución de los problemas locales, al enfrentamiento de las necesidades o aspiraciones más sentidas por los miembros de una zona o región determinada. Pero es también una educación ligada a una realidad más global; se trata de su proyección a los problemas y opciones a nivel social nacional. La educación debe ilustrar esta realidad y promover su discusión. Estamos refiriéndonos por supuesto a la política, que forma parte de la cultura de las clases subalternas, en la medida en que ellas están inscritas en los circuitos de poder que atraviesan todo el tejido social.

5) Todo lo anterior, al implicar diálogo, reflexión, encuentro y creación, no puede plantearse como un proceso individual; lo que está en juego es una identidad colectiva. Por tanto, este tipo de práctica educativa piensa en procesos grupales, en donde la comunicación juega una función vital.



Una educación centrada en la dinamización cultural no puede dejar de ser crítica frente a los modernos medios de comunicación de masas, los cuales se presentan en general al público como instrumento de comunicación, información y cultura, escondiendo tras ello su rol fundamentalmente reproductor del aparato ideológico dominante.

Una nueva educación debe generar mecanismos de formación crítica frente al consumo de los medios, de tal manera de contrarrestar los efectos de manipulación que estos medios tienen. Debe estimular y promover la creación de mecanismos alternativos de comunicación a través de los cuales el pueblo pueda empezar a expresar su palabra.

La realización de experiencias artesanales de comunicación debieran permitir el acceso, la participación, la horizontalidad y la creación de mensajes pertinentes. Existen diversos medios que pueden ser contruidos y manejados por los grupos y a través de los cuales se pueden emitir mensajes dirigidos ya no a individuos indiferenciados y disgregados sino que a grupos sociales determinados, con el fin de expresar contenidos de interés para ellos. Estas formas si bien no tienen el carácter masivo, constituyen un intercambio de experiencias entre grupos sociales que contribuyen también a formar identidad.

La libertad de expresión tiene sentido en la medida que seamos capaces de tener pensamientos propios, que podamos expresar nuestra propia palabra.

6) Desde un punto de vista formal pero altamente significativo, no puede establecerse una dicotomía radical entre quien enseña y quien aprende; todos tienen algo que enseñar y todos algo que aprender de los demás. Ello requiere que las formalidades de las relaciones al interior de esta educación no puedan derivar de una vertiente autoritaria ni verticalista. La participación entonces no sólo será permitida sino también necesaria y estimulada. Participar en el proceso educativo significa volcarse a él por entero, implica tener capacidad de decisión y

también significa asumir responsabilidades. La participación no es sólo un método más eficaz, también es un contenido, una enseñanza que tiende a relacionar a los individuos entre sí de un modo igualitario, respetuoso, crítico y solidario.

7) En conjunto puede hablarse de que este tipo de criterios y su desarrollo en términos más locales y operacionales, pueden ir perfilando una educación pertinente. La pertinencia de la educación no significa rechazo a lo existente; los actuales sistemas educativos son la realidad a transformar y es un universo repleto de experiencias particulares que reflejan muchos de los criterios aquí mencionados. Hablamos de pertinencia para referirnos a que el núcleo de la educación parte del hombre concreto, de su medio y su cultura; se adapta a tal particularidad para desencadenar un proceso de construcción de identidad cultural que se encuentra ligado a la transformación de lo opresivo y aplastante que tiene esa existencia.

En síntesis, se trata de desarrollar la incidencia de lo popular sobre el curso y destino de la sociedad; se hacen necesarios procesos de constitución de una identidad popular que articule a los sectores populares en torno a ciertas prácticas concepciones e intencionalidades que le son propias, que no están determinadas por los intereses de la dominación.



